

ALOCUCION

Dirigida á los alumnos del Colegio civil de Monterey en la distribucion de premios del mismo año de 1868.

MIS AMADOS ALUMNOS DEL COLEGIO CIVIL DE MONTEREY:

Incompleta quedara para mí la solemnidad de este acto tan grandioso, si dejando pasar la favorable ocasion que la fortuna me ofrece, no os dirigiera la palabra para deciros, al menos, lo que por tan multiplicadas veces, en tan distintos lugares, y en tan diversas circunstancias os he dicho. Que el hombre no nació para vivir encenegado en la ignorancia; que la ciencia y la virtud son las únicas cosas que pueden hacer al hombre feliz sobre la tierra; y que estos grandes bienes no se alcanzan sino á fuerza de trabajo y de constancia.

El hombre puede en tanto que sabe, ha di-

cho Bacon de Verulamio; y si lo dudais, tended vuestras miradas sobre la ancha faz de la tierra, considerad la especie humana con sus tendencias, sus hábitos y sus obras, y quedareis plenamente convencidos de que la ignorancia no es el patrimonio de la humanidad; sino que por el contrario, la ciencia es para ella de una necesidad verdadera, de la que no puede prescindir sin labrarse su desgracia y total ruina. En efecto, por todas partes se ve al hombre valerse de los recursos de su inteligencia en la continúa lucha que, para mantener su vida, sostiene con los seres que le rodean. Desde el salvaje desmazalado y receloso que, á duras penas, hostigado por el hambre, salir suele de su ordinaria pereza y entesando el arco persigue los animales monteses que han de proveerle del necesario alimento, hasta el activo é intrépido marino que atraviesa los dilatados mares para traer sus provisiones de los países mas remotos. Desde el estúpido labriego que mal sabe trazar un surco, hasta el industrioso colono que se enriquece sacando los verdaderos tesoros que la tierra oculta en su seno; desde el rutinero menestral que gana su vida á fuerza de mecánico trabajo, hasta el ingenioso artífice que nos admira con el primer de sus obras: desde el rudo pastor que como por diversion observa la hermosura de los cielos, y los astros le dan, como por acaso, ciertas re-

glas de que se vale para el mejor gobierno de su grey, hasta el sabio astrónomo que, armado de los mas esquisitos instrumentos, sigue á los planetas por las profundidades del espacio, calcula sus movimientos y anuncia con precision al mundo los futuros fenómenos celestes, para que todos tengan regla fija á que ajustar sus operaciones: todos, sí, todos buscan la ciencia porque todos la necesitan, porque todos con ella esperan evitar los males que por todas partes los amenazan, y alcanzar los bienes á que sin cesar aspiran. He aquí, pues, al hombre anhelando la ciencia, no por una vana curiosidad, sino por un positivo interes; y helo aquí tambien fluctuando entre los poderosos móviles de las acciones humanas, el temor y la esperanza. Esta lo anima presentándole el objeto de sus deseos; y aquel le arredra representándole los escollos en que puede fracasar, cuando, por otra parte, el aguijon de la necesidad le estimula á que obre sin tardanza. ¡Ay de aquel que no tenga en tan apuradas circunstancias el prudente consejo del saber!

Si al hombre, pues, viene á ser de indispensable necesidad la ciencia, ¿en dónde la hallará? ¿y quién podrá guiarle para encontrarla? La ciencia solo existe en la naturaleza, y la única guía para buscarla es la sana razon. En la naturaleza, sí, en ese inmenso libro escrito por la invisible mano del Eterno,

y que sobre la tierra solo al hombre ha sido dado poder para abrirlo. Allí está y allí debemos buscarla. El estudio de este divino libro fertiliza el pensamiento, lo ennoblece, lo eleva y lo dispone á desentrañar las mas sublimes verdades. Así es que de dia y de noche debemos consultarlo. Es penosa, por cierto, la faena, pero es tal la utilidad y satisfaccion que produce, que no sin razon decia el filósofo Anáxagoras: *En la contemplacion del Universo se halla el soberano bien y la paz del alma.*

En verdad, el estudio de la creacion encierra en sí todos los elementos del saber necesarios para la felicidad del hombre. ¿No es, y ha sido siempre, este utilísimo estudio, la única é inagotable fuente de fecundas consideraciones, para el pensador Filósofo, el vastísimo campo de curiosas investigaciones para el laborioso Físico, la mas estricta regla para el escrupuloso Moralista, la mas segura guía para el Legislador atento y reflexivo; y el arsenal abundoso en poderosas armas para el Teólogo controversista?

Conocido ya el lugar en donde la ciencia mora, ¿dirémos qué con solo encontrarla halló su felicidad el hombre? Tiene ya el conocimiento de la naturaleza particular de las cosas, tiene ya conocidas las portentosas leyes que gobiernan la creacion, ¿qué le falta, pues, para alcanzar el bien por que suspira, y que

le ha costado tan dolorosos afanes? Ah, le falta una cosa que vale algo mas que la ciencia, una cosa que le dé el discernimiento necesario para hacer redundar en provecho suyo los adquiridos conocimientos. De otra manera serán no solamente perdidos estos elementos del bien; sino que, por una fatal contradiccion, puede convertirlos en elementos del mal. Esta cosa tan excelente, que da nada ménos que el poder para obrar bien, es la sabiduría, preciosísimo destello de la luz de los ojos del Increado, sin cuyo socorro todo saber es perdido. ¿De qué sirve al hombre, decidme, tener muchos y muy grandes conocimientos, si no alcanza á saber disponerlos y ordenarlos de manera que sean útiles? De lo mismo que sirve á un general inexperto mandar una falange numerosa, y que por no saber debidamente ordenarla, viene á convertirla en el mas eficaz instrumento de su ruina.

Y si la sabiduría es, pues, aun mas necesaria que la ciencia, ¿en dónde la hallaremos? Ella, por cierto, no está en la naturaleza. Preguntad si no con el justo Idumeo: “¿Y la sabiduría en dónde se halla? ¿Y cuál es el lugar de la inteligencia?” y se os contestará: “El abismo dice: No está en mí, y el mar habla: No está conmigo. . . . Escondida está á los ojos de los vivientes, aun á las aves del cielo está oculta.”

“La perdicion y la muerte dijeron: con nuestros oídos hemos oído su fama. Dios entiende su camino y él es el que sabe el lugar de ella. . . . Y dijo al hombre: He aquí que el temor del Señor ese es la sabiduría: y el apartarse de lo malo la inteligencia.” (1)

Reflexionad un poco sobre estas preciosísimas sentencias, y vereis que la sabiduría solo viene de Dios; y que está toda encerrada en esta sola y única regla: usa rectamente de todas las cosas y de nada abuses, porque Dios castiga. El temor de la pena es el único freno capaz de contener las pasiones rebeladas, y era preciso que este saludable temor acompañara al hombre en todas partes. Era preciso que el hombre jamas estuviera solo. Era preciso que el Dios vengador se hallara siempre ante sus ojos. Por esto le dió el sentimiento de la divinidad, le dió la razon para que eleve su espíritu á la sublime contemplacion de los divinos atributos, le dió el conocimiento de lo justo y lo injusto; y lo hizo capaz de esperanza y de temor, porque lo hizo capaz de premio y de castigo. Tales son los elementos de sabiduría que la divina Omnipotencia puso en el corazon del hombre. Aquel que los conserve y los cultive, con buena fé y corazon sencillo, será sabio; y aquel que por espíritu de soberbia los desprecie y

[1] Job. cap. 28.

los arroje de sí, perderá no solamente la sabiduría, sino aun la posibilidad de adquirirla, pues como dice el Evangelio: "*A aquel que tiene le será dado: y al que no tiene, aun aquello que piensa tener, le será quitado.*" (1)

Necesario viene á ser, pues, para la felicidad del hombre, buscar las luces de la ciencia en la naturaleza, y una vez halladas, usar de ellas sabiamente. Empresa es esta muy árdua, me direis; pero advertid que absolutamente no hay otro medio para alcanzar el bien. Verdad es que, para acortar este penoso camino, podemos aprovechar la experiencia de nuestros mayores, privilegio exclusivo de nuestra especie; pero para esto es preciso no recibir sin exámen las opiniones ajenas, sino ajustarlas á la infalible regla de la naturaleza y de la sana razon, y si se hallaren justas admitirlas, y si no, desecharlas inexorablemente. Así el célebre Renato Descartes, á fuerza de continuas y profundas meditaciones, procurando concordar las opiniones antiguas con las leyes naturales, descubrió los errores del Filósofo de Estagira, é invalidó para siempre aquella venerada máxima: "*El maestro lo ha dicho,*" que fué por dos mil años la razon última de la filosofia peripatética. Y así tambien el no menos célebre Andrés Vasalio, descubriendo los erro-

[1] S. Lucas cap. 8, v. 18.

res anatómicos del Médico de Pérgamo, echó por tierra la autoridad tiránica con que sus opiniones habian reinado en las escuelas durante el larguísimo período de doce siglos.

He aquí como la lectura y la meditacion continuas son la clave con que se descifran los profundos arcanos de la ciencia. Leed mucho, escuchad con atencion los preceptos de los maestros, fijad vuestras miradas en todo lo que os rodea, y medita continuamente sobre lo que leéis lo que oís y lo que veis; y el saber colmará vuestros deseos: acostumbraos á obrar siempre con arreglo á la razon y llegareis á ser útiles. No os asuste, ni os arredre la indispensable condicion de la constancia, que el amor de la ciencia y la virtud, cuando es verdadero, da la fuerza necesaria para arrostrar todos los obstáculos y vencer todas las dificultades. Contemplad si no al filósofo Cleantes, cuya constancia heróica, hija de su ardiente deseo de saber, hizo exclamar á Valerio Máximo, en un raptó de entusiasmo: (1) "*¡O Cleantes! ¡oh raro ejemplo de la divina virtud de la aplicacion constante! Con asombro te miro aprendiendo con tanto trabajo y enseñando con tanta constancia. Te veo jóven socorriendo tu necesidad con lo que ganabas acarreando agua por la noche, y gastando todo el dia en aprender los*

[1] Valerio Máximo lib. 8, cap. 7.

preceptos de Crisipo; y tambien te miro adulto, enseñando con invencible constancia hasta que llegaste á la cansada edad de noventa y nueve años. Con doblado trabajo llenaste el largo espacio de un siglo, siendo para mí dudoso si, por ventura, fuiste mas digno de alabanza como discípulo ó como maestro."

Ea pues ó jóvenes, que habeis abrazado la carrera de las letras, decidios á imitar tan alto ejemplo, consagrando todo vuestro ser y toda vuestra vida al estudio, para conseguir el inestimable bien de la sabiduría. ¿Que os detiene? ¿Que os falta? Teneis un Gobierno paternal que no quita la vista de vosotros, y que entre sus altas atenciones cuenta como la primera facilitaros los medios de instruccion. Teneis profesores que se desvelan por instruirvos, estais en la edad mas adecuada para entregáros al trabajo y adquirir buenas costumbres. Si no lo haceis es evidente señal de que os falta el verdadero amor de la sabiduría. Si por una fatalidad lamentable hubiere alguno que no se sienta animado por ardiente deseo de saber y de obrar bien, este tal desista de la afanosa empresa de aprender, adopte un ejercicio que mejor cuadre con la grosería de su entendimiento y pase su vida sumido en la ignorancia, con la horrible secuela de vicios, de terrores y miserias, que siempre la acompañan. Y vosotros, los que abrazais la carrera literaria, con verdadero anhelo de saber,

decidios al estudio con todas vnestras fuerzas, decidios, os diré, por fin, á ser instruidos y buenos, y sereis amados de vuestros semejantes y aceptos á los ojos de aquel, que quiso crearos libres é inteligentes, y que os manda escudriñar su ley y sus obras y publicar sus maravillas.—DIJE.